

## Diciembres sexenales que quiero que se vayan

JORGE EUGENIO ORTIZ GALLEGOS

**C** Camino con Vicente Fox, también con Felipe Calderón a donde va toda la gente, y otorgo al ciclo anual un significado trascendente. El calendario solar no guarda relación alguna con el sistema de doce meses en que se articulan períodos de 31, de 30, de 29 y 28 días, y el acercamiento convencional al fin del año afecta el destino de los días, de la mayor parte de la humanidad.

Recuerdo la pegajosa cancioncilla: "Diciembre me gusto pa' que te vayas", como estribillo de mis emociones y deseos. Las infantiles y religiosas tonadas y las cantatas de la Navidad no repiten en esta ocasión su antigua conducta piadosa y ferviente. El niño Dios había desaparecido del horizonte de mis recursos. ¿Desde cuándo la oración nocturna y la invocación matinal se habían marchitado en mi corazón, y en mis labios había aparecido la burda jerga de los necios y los mentecatos, de los mediocres, del odio a la integridad que da paso a la perversidad, de la incapacidad para entender la redención por la moral, de la subordinación para la búsqueda de los beneficios a la selecta prevalencia de aquellos que son afluentes por el dinero, por el poder, y la cultura.

Tal vez la paganización del mundo que me rodeara casi desde mi primera juventud, había desterrado de mis costumbres el regusto por la religiosidad, por la presencia del Cristo que inspirara su niñez y su mocedad. Apartado de mis padres, a quienes abandonara en la provincia quieta, con furor me incorpore a las fiebres del activismo de la metrópoli y de sus inagotables oportuni-

dades para el empeño de sobresalir de una o de otra manera. Nacido en el recato de una pequeña comunidad pueblerina, fui insuflado por la fe religiosa, las costumbres sencillas, el pensar anhelante en aquella perfección por la que proliferan las virtudes.

Cuando las pasiones irrumpieron en mi juventud, aislado del núcleo familiar, paladeé las frutas del placer, del utilitarismo saturado por egoísmos, de la banalidad empantanada en amistades frívolas, del erotismo sin religión que encadena los sentidos a las satisfacciones corporales donde el espíritu participa con servidumbre prostituida.

Pero la inadecuación entre el estilo de las virtudes, olvidado en las fragorosas jornadas de la ambición y del placer, mutilaron mi capacidad para las preferencias surgidas del profundo carácter de mi persona. Hay una marca indeleble en cada uno de los humanos, la que proviene del regazo materno, la fe infantil, el crecimiento de los ensueños y las convicciones en los primeros años del ser. Esa marca determina las verdaderas afinidades, las inclinaciones y los hábitos.

Y es también la razón de los conflictos, de los embotellamientos emocionales y de las violencias en toda relación interpersonal.

Aquel amor frustrado oscureció mis días en la proximidad de Navidad y Año Nuevo. Por ello derramaba la hiel caída del estribillo que me traspasaba desde la cinta musical: "No quiero comenzar el Año Nuevo, con este mismo amor que me hace tanto mal".

jodeortiz@gmail.com  
Escritor

